

Margarita y Antunez estrecharon con efusión las manos de Bernardo, que estaba loco de contento.

—Ahora falta que Margarita tenga un padre que la conduzca al altar, dijo la veterana.

—Pues que elija al que quiera, repuso Bernardo; ciento cincuenta y cinco somos, y conque bien puede escoger uno; el más viejo, por ejemplo.

—No, por cierto, se apresuró á decir Margarita; yo elijo al que mi corazón ha preferido siempre...

—¿Y quién es él? interrogó el Sabueso.

—¿No lo adivinas, masca granzas? preguntó en tono de mofa la tía Morella; tú, hombre, tú.

—¡Yo! exclamó Bernardo mirando su elección como la cosa más inesperada; y despues de reflexionar un instante se oscureció su rostro y prosiguió: no puede ser. ¿Quieres tú, Margarita, que en mitad del día y ante todo el mundo te acompañe á la iglesia?... No, no; es imposible; mi madrina sabe bien que yo no debo aceptar...

—¿Y por qué no? preguntó Antunez con extrañeza; por mi parte, y sin que mi intencion sea ofender á ninguno de los protectores de Margarita, creo que seas tú el más digno de la distincion que has alcanzado.

—No me diga Vd. esas cosas, doctor; replicó Bernardo, por cuya frente pasó una nube sombría; no me obligue Vd. á que confiese...

—¿Qué? interrogó el doctor con interés viendo que el Sabueso se detenía.

—¿Quieres callar? gritó la tía Morella tratando de impedir que Bernardo continuara.

## VIII.

## Historia del Sabueso.

Bernardo llegó á la trastienda con el semblante lleno de satisfaccion.

Pero la tía Morella, que pecaba un tanto de charlatana, no le dejó hablar.

—Vienes á tiempo, dijo antes de que Bernardo saludara; porque tienen que pedirte una cosa.

—¿Qué cosa? preguntó el Sabueso.

—La mano de Margarita.

—¿De veras?... ¿Y para quién?

—¿Para quién ha de ser, bolonio?... Para el doctor Antunez... ¿no le estás viendo?

Bernardo experimentó una agradable sorpresa: miró alternativamente los semblantes del doctor y Margarita; descubrió en ellos una expresion de dicha inefable, y lleno de alegría exclamó:

—¡Concedida! ¡Concedida!



—No; no, señora, no callo, respondió el Sabueso; yo no sé engañar á mis amigos, ni quiero robarles su estimacion; y volviéndose á Antunez, con el entrecejo fruncido, la mirada torva y alterada la voz: ¿sabe usted, dijo, por qué no me gusta salir á la calle más que de noche?... Pues es... ¡porque soy un malvado!

—¡Tú!... exclamó sorprendido el doctor.

—No le crea Vd.; eso es una mentira, repuso, des-  
pechada la tía Morella.

—No sabe lo que se dice, afirmó Margarita, que no alcanzaba á comprender las palabras del Sabueso.

Este, cada vez más sombrío, los miró á todos, y diri-  
giéndose á Antunez insistió diciendo:

—Yo, sí; yo, que nunca debiera ver la luz del día.

—¿Pues á quién temes, amigo mio? preguntó afectu-  
osamente Antunez.

—¿A la justicia! contestó Bernardo con el acento del  
más profundo terror.

—¿A la justicia?...

—Sí.

—¿Y por qué? interrogó el médico vivamente intere-  
resado en descubrir el misterio que encerraban las pa-  
labras del Sabueso.

—Porque soy un criminal; respondió éste bajando  
la voz y mirando hácia la tienda para asegurarse de  
que allí nadie le oía; porque soy un asesino... ¡porque  
ahogué á mi mujer!...

—¿Es eso cierto? preguntó asombrado Antunez á la  
tía Morella.

La veterana, que con los ojos quería confundir al

Sabueso, viendo que nõ habia forma de que éste calla-  
ra, contestó:

—Sí, es cierto; pero que lo diga todo; que cuente  
su historia.

Margarita y Antunez, que no podian volver de la  
admiracion que les causaban las revelaciones del Sa-  
bueso, esperaron á que éste obedeciera la indicacion  
de la veterana.

—Bernardo quedó un momento pensativo, evocando  
los recuerdos de su pasado, y al fin dijo:

—Haré lo que Vd. desea, madrina; contaré mi  
historia, y el doctor se convencerá de que tengo razon  
para ocultarme de los hombres.

Hizo una nueva pausa y luego prosiguió:

—Yo nací en Sevilla, y mis padres me dedicaron á  
lo que allí se llama el arte de la seda. Mi jornal era  
bueno, y cuando tuve veinte años pude ya empezar á  
hacer mis ahorros para el día en que me casara. Por  
aquel tiempo me enamoré perdidamente de una pre-  
ciosa muchacha, alegre y viva de genio, que, al pare-  
cer, se enamoró tambien de mí. Consuelo, este era su  
nombre, fué mi novia cuatro años. Sus padres vivían  
miserablemente con lo poco que ganaban; pero una  
mujer de buen palmito, que sabe colocarse con gracia  
una flor en la cabeza, no necesita perlas ni diamantes  
para agradar, y esto le sucedia á Consuelo. Ella sabia  
que era hermosa, y con limpieza y flores tenia la ha-  
bilidad de hacer más notable su hermosura. En aque-  
llos cuatro años no puedo decir todo lo que pasé; yo  
era muy celoso y Consuelo algo coqueta; Vds. com-



prenderán lo que yo sufriria. Por fin, al llegar á los veinticuatro años, mis padres habian muerto y determiné casarme.

—Más te hubiera valido tirarte de coronilla desde la Giralda, interrumpió la tia Morella; pero tú naciste muy borrego...

—Me casé, continuó Bernardo; y al principio todo fué perfectamente. Yo habia logrado reunir un capital bastante bueno para mi clase, y pude montar tres telares que trabajaban por mi cuenta dándonos mucho desahogo y permitiéndonos guardar algunas economías por si llegáramos á tener hijos. Pasó un año durante el cual fuimos felices. Consuelo estaba más hermosa que nunca: disfrutaba un bienestar que hasta entonces no habia conocido; era la dueña de su casa, el ama del dinero y de todo lo que yo tenia, y aunque gastáramos en algunas diversiones y nos vestiamos bien, jamás tocamos á nuestros ahorros; por el contrario, á mí me favorecia la suerte y los íbamos aumentando. Pero cuando el primer año pasó, Consuelo se puso desconocida. La afición al lujo empezó á nacer en ella, y diariamente gastaba en cosas impropias de una mujer de su condicion. Al principio la dejé que hiciera su gusto: yo la queria con locura; ella se mostraba conmigo cariñosa, y no me atreví á contrariarla: en esto obré muy mal. Al poco tiempo observé que nuestras economías menguaban de tal modo, que se les acercaba el fin: entonces procuré que Consuelo entrara en razon y le hice advertencias amistosas respecto de su conducta, que no me parecia prudente si

habiamos de mirar por la tranquilidad de nuestra vejez: ella se irritó con mis consejos; me dijo que en mí todo era miseria y que queria sacrificarla no permitiéndole disfrutar de lo que gozaban otras mujeres cuyos maridos no tenian en su trabajo tantas utilidades como yo. Temeroso de turbar la paz de nuestro matrimonio por una cuestion de intereses, me resigné á sufrir sus despilfarros. Algunos meses despues todos nuestros ahorros habian desaparecido. Las personas que nos conocian criticaban á Consuelo por su desmedido lujo y á mí por mi tolerancia: sin embargo, ella continuaba cada vez más gastadora, y yo, aunque preveia que aquello no habia de terminar bien, me abstuve de reprenderla. Consuelo habia entrado en un camino de tentaciones que le hicieron perder el juicio. Yo le entregaba todas las semanas el producto de mi trabajo; pero éste no bastó á satisfacer sus exigencias, y pronto supe que mi mujer habia abusado de mi crédito, contrayendo deudas de mayor consideracion que lo que yo podia pagar.

—¡La muy tramposa, coqueta y despilfarrada! dijo la tia Morella dando larga á su indignacion.

—Entonces empezaron entre nosotros los mayores disgustos: yo tuve que vender mis telares, para no ser demandado ante un juez, y quedé de nuevo reducido á vivir de mi jornal, y esto trabajosamente, porque los dueños de las fábricas desconfiaban del hombre que no habia sabido conservar sus utilidades y me consideraban como un manirote. Mi jornal, aunque decente, no alcanzaba ni con mucho para los gastos á que Consuelo se habia acostumbrado: por mi parte le cerré todas las



puertas á que ella podia acudir pidiendo prestado en mi nombre, y este paso la desesperó hasta el punto de provocar entre nosotros una gran reyerta, en la que me mantuve firme, sin ablandarme por su llanto ni exasperarme por sus amenazas. Aquella tormenta pasó, y en muchos dias no tuve ni el menor motivo de queja: mi mujer se mostraba séria conmigo; pero en la cuestion de dinero vivíamos en paz: ella se guardó de aburrirme con sus descabelladas exigencias, y yo le entregaba religiosamente cuanto ganaba, privándome hasta de los más pequeños caprichos, para que no tuviera cosa que echarme en cara con fundamento. Así pasamos algunos meses: yo, por economizar todo lo posible, dispuse que nos trasladáramos al barrio de Triana, y allí tomé una casita á medias con otro artesano que me era conocido, y con el cual me reunia en las primeras horas de la noche para salir de paseo á distraernos por la ciudad. La familia de mi compañero venia frecuentemente con nosotros; Consuelo, invitada por mí, rehusó siempre dar estos paseos, y yo no la insté mucho, porque ella permanecía séria conmigo y á mí me disgustaba su rencor. Una noche hablábamos mi compañero y yo de nuestros jornales, de nuestros trabajos y obligaciones, y su mujer que nos oía, me dijo:—¡Ay, vecino!.. ¡Si todos estuviéramos como Vd.!—Estaria Vd. lucida, le contesté yo.—Vaya, vaya, replicó la vecina, yo no le voy á pedir á usted nada prestado: ¿de qué sirve que Vd. nos niegue que gana mucho, cuando le acaba de comprar á la Consuelo aquel vestido de seda tan hermoso, aquellos pen-

dientes finos y el pañolón de Manila que da gloria verlo. Confieso que no supe qué contestar. Yo no habia comprado á mi mujer ninguna de las prendas que decia la vecina, y al instante cruzó por mi cabeza un pensamiento horrible: los celos me atormentaron cruelmente, y valiéndome de mil excusas conseguí que aquella noche nos recogiéramos mucho más temprano. Llegué á mi casa y no encontré á Consuelo; aquella falta redobló mis sospechas: abrí la cómoda en que ella guardaba su ropa, y, efectivamente, allí estaban los zarcillos de oro, el vestido y el manton de que me habia hablado la vecina. No sé lo que entonces pasó por mí. Al pronto resolví esperar la vuelta de Consuelo; enseñarle á su llegada las prendas que habia sorprendido, y pedirle estrecha cuenta de su conducta. Un cuarto de hora, que fué para mí largo como un siglo, estuve dando paseos por mi habitacion, aguardando inútilmente á mi mujer.

—¡Buena perdida estaba ella! exclamó la veterana.

—Me cansé de esperar, siguió el Sabueso, y salí decidido á buscarla hasta en el centro de la tierra. Los celos, el coraje y la indignacion me tenian fuera de mí. Llegué al puente de barcas; la noche era fria y oscura, y apenas transitaba gente por aquel sitio: yo, sin embargo, me acercaba á las pocas personas que veia, deseando reconocer en alguna de ellas á Consuelo. Pasé el puente sin encontrarla, y me detuve; no sabia á dónde dirigirme: hasta allí habia seguido el camino obligado para volver á nuestra casa, si Consuelo habia ido á la ciudad, como yo suponía; pero de allí en ade-



lante era muy fácil tomar una direccion contraria á la que ella trajera; aguardé, pues, algunos momentos, y mi mujer no pareció. Mi impaciencia crecia con su tardanza, y al cabo me resolví á entrar en Sevilla por la próxima puerta del Arenal. Anduve algunos pasos, y de pronto ví á la opaca luz de los faroles dos bultos que se encaminaban hácia el puente; eran hombre y mujer, y debian pasar junto á mí. Me detuve y esperé: el corazon me destrozaba el pecho con sus latidos; en aquel instante hubiera dado la mitad de mi vida por no encontrar á Consuelo, por no verla con otro hombre, por no convencerme de que me era infiel, porque, á pesar de todas sus locuras, yo la queria con pasion. De repente la pareja que venia hácia mí se detuvo tambien, y la mujer no tardó en volverse rápidamente, arrastrando al hombre y tomando de nuevo la direccion de la ciudad. Yo avancé hácia ellos á buen paso; ellos comprendieron que los seguia y redoblaron el suyo; mas al cruzar por delante de un farol conocí á Consuelo por su aire, por su modo de andar, por sus vestidos, por todo, en fin, y corrí en alas de mis celos y de mis iras, resuelto á matar al hombre que me habia robado la honra. Este hombre era un cobarde, un villano, que al sentirme correr abandonó á la mujer á quien habia seducido, y huyó de mí amparado por las sombras de la noche. En mi carrera pasé junto á Consuelo; la vi, la reconocí, pero no la hice caso: seguí siempre corriendo tras aquel hombre, que volaba delante de mí, y á quien al cabo no pude alcanzar: cuando llegué á las primeras casas del barrio de la Carretería, ya no

le descubrí por ninguna parte; confundido con las gentes, oculto en alguna casa ó escapando por alguna de las calles próximas, habia burlado mi persecucion. Continuar adelante era perder un tiempo precioso; volví, pues, con más rabia que nunca en busca de Consuelo. Esta no se habia movido; estaba aguardando quizás el resultado de mi encuentro con aquel hombre, en el mismo sitio donde yo la habia dejado al pasar; pero al verme venir corriendo, loco, furioso, desatentado, tuvo miedo, y á su vez huyó en direccion opuesta á la que habia seguido su amante. Se encaminó al rio, porque de otro modo se hubiera colocado frente á mí; dejó á su espalda el puente, y continuó hácia el paseo de Cristina, por la parte alta de la orilla, que era la transitable; en su precipitacion hubo de no advertir una rampa de las que conducian á los muelles ó embarcaderos, y descendió por ella, sin que luego se pudiese detener á evitar este mal camino, porque yo estaba á su alcance. La pendiente de la rampa aumentó la velocidad de su carrera; pero al llegar abajo, al embarcadero mismo, cuando se vió encerrada en aquel pequeño espacio, sin otro punto de salida que la cuesta por donde habia descendido ó el negro fondo de las aguas que murmuraban á sus pies; cuando vió que yo me acercaba por aquella cuesta y que no habia medios humanos de escapar, dió un grito agudo, grito de espanto, de terror, de impotencia; grito que el eco repitió confusamente; grito que yo desde entonces lo oigo en mis horas de mortal remordimiento, y que muchas veces ha ahuyentado el sueño de mis ojos, haciéndome desper-



tar con sus siniéstras vibraciones. Al bajar la rampa me detuve y fui aproximándome lentamente: á medida que yo me iba acercando, ella se retiraba de mí; pero llegó un momento en que ya no pudo retroceder; si daba un paso más caía en las aguas del río. Yo seguí avanzando, y entonces Consuelo se arrodilló diciéndome:—¡Por Dios, Bernardo, no me mates! Esta súplica fué para mí la confesion de su culpa.—No te mato, le contesté, aparentando una serenidad que estaba muy lejos de sentir: levántate y vamos á casa.—¡A casa! repuso ella: ¡eso jamás!... Al oír esta resolución, creí que me ahogaba la cólera: me acerqué más á Consuelo y la cogí por un brazo, dispuesto á llevarla á casa de grado ó por fuerza; pero ella se defendió, y durante algunos minutos nada pudo escucharse más que nuestras respiraciones agitadas, violentas, ardorosas: la lucha era desigual, y, sin embargo, mi mujer logró por medio de una fuerte sacudida desprenderse de mis manos: su mismo esfuerzo le hizo perder el equilibrio, ó yo ciego de rabia la empujé, no sé de esto lo que sucedería; mas es lo cierto que en aquel instante cayó al río, sin que me fuera posible evitarlo cuando la quise sujetar. Unos segundos despues oí su voz, que angustiosamente gritaba:—¡Socorro!... y sin vacilacion alguna me arrojé al agua en su auxilio. Busqué á Consuelo en todas direcciones; la llamé por su nombre lleno de desesperacion; bajé cien veces al fondo del río; todo inútil: su voz débil, moribunda, lejana, repitió aquel desgarrador grito pidiendo socorro, y nada se volvió á oír. En el acto ex-

perimenté los remordimientos en mi conciencia, y nunca como entonces me pareció que amaba á mi mujer: mi imaginacion me representó su triste fin con todos sus horrores, y el más triste todavía que á mí me estaba reservado: no era posible dudar de que mi crimen se descubriría; yo mismo, ante un juez, no hubiera tenido valor para negarlo; y el asesino de una mujer, cuyas faltas no se podían probar, era muy posible que acabara sus dias en un patibulo. Haciendo estas reflexiones me dispuse á morir: no me hallé con valor ni para sobrevivir á Consuelo, ni para arrostrar los fallos de la justicia: me encomendé á Dios, hice un gran esfuerzo de voluntad, y me sumergí en el fondo de las aguas, resuelto á encontrar la muerte. No sé lo que me sucedió despues: cuando recobré el sentido estaba al lado de mi madrina, á quien debo mi salvacion.

—Figúrense ustedes, dijo la tia Morella, que yo venia de San Juan de Aznalfarache, bogando en una lancha en la que traia algunos fardos, porque precisamente en aquel mismo tiempo habia concluido la guerra y yo estaba dedicada al comercio: me dirigia hácia el puente para hacer mi alijo por el lado de Triana, cuando uno de mis remos tropezó con un peje de gran tamaño que se habia pegado á mi buque por la banda de estribor; alargó la mano, cojo aquel bulto, y como Dios me dió á entender hice mi pesca y pude echar en el fondo de la lancha á este ballenato de agua dulce: allí arrojó algunos cuartillos de líquido que le sobraban en el cuerpo, le di unas fricciones con aguardiente, y cuando abrió los ojos le obligué á que tragara un



gran vaso de vino añejo. Mi hombre pasó una buena calentura; pero es fuerte y se repuso pronto: me contó su historia, como la acaban Vds. de oír; yo le había tomado cariño desde el primer día, y por otra parte mi comercio estaba muy perseguido y dejaba poca utilidad: me decidí, pues, á que abandonáramos á Sevilla y nos trasladáramos á Madrid, que es charco hondo. Ocho días despues emprendimos nuestro viaje, y una vez aquí un antiguo camarada nos enseñó los beneficios que tenia en la ocupacion de traperero. A Bernardo le gustó mucho la idea, porque así podía trabajar de noche y evitar mejor las persecuciones con que ha soñado siempre. Esta es su historia. ¿Es verdad, señor Antunez, que el Sabueso no es tan criminal como él quiere suponer?

—Así lo creo, contestó el doctor: lo primero que era preciso averiguar es si él cometió tal crimen, pues segun nos ha dicho, no sabe si fué Consuelo la que perdiendo el equilibrio cayó al agua, ó si él mismo la precipitó: esta sola duda da á entender que tú, Bernardo, no tuviste intencion de cometer un asesinato...

—Cierto, afirmó el Sabueso; mi intencion no era esa.

—Pues bien, prosiguió el médico; si ofuscado, sin saber lo que hacías, ó por un movimiento que no dependió de tu voluntad, contribuiste á la caída de tu mujer, debes tener tranquila la conciencia, puesto que no has cometido crimen alguno...

—¿Lo cree Vd. así?

—¡Pues no he de creerlo! ¿Acaso no prueba tu ino-

ciencia la precipitacion con que te arrojaste al agua para salvar á tu esposa, momentos despues de haber descubierto su infidelidad y con grave peligro de tu vida?....

—¡Oh! Sr. Antunez, esas palabras me hacen mucho bien, exclamó el Sabueso profundamente conmovido.

—No te diré yo, continuó Antunez, que la justicia pensara del mismo modo: los tribunales buscarian para declararte inocente una prueba legal, cuya presentacion te seria muy difícil; y como allí no habian de creerte, como yo, por tu palabra, sabe Dios cuál seria el término de tu proceso.

—Eso mismo he pensado muchas veces.

—Pero, en fin, despues de todo es lo cierto que han pasado años desde que tuvo lugar ese suceso, y es cierto tambien que á tí no te han perseguido...

—¿Quién sabe? murmuró Bernardo con tristeza.

—Ténlo por seguro. ¿Pues qué te parece á tí que por esconderte durante el día y no salir más que de noche, habias de escapar á la persecucion de la justicia?...

—Eso le digo yo, interrumpió la tia Morella: las mujeres malas son como los gatos, que tienen siete vidas: á saber lo que le habrá ocurrido á aquella tunanta. Por más indagaciones que yo hice en los días que tardamos en trasladarnos á Madrid, no pude averiguar que del río se hubiese sacado el cadáver de una mujer.

—Dice bien la veterana, repuso el doctor; ese es un gran dato. ¿Quién sabe lo que habrá sucedido?



—Sea lo que fuere, dijo Margarita, yo no renuncio, Bernardo, á que sea Vd. quien me acompañe en mi boda en representacion de mi padre.

—¡Gracias, hija mial exclamó el Sabueso sin poder contener las lágrimas y besando las manos de su hija adoptiva.

—Hablemos de otra cosa, dijo la tia Morella con el deseo de terminar esta conversacion: ¿qué te ha obligado á tí á salir tan de mañana?

—Una buena noticia, respondió el Sabueso, y entregando á Antunez un periódico, señaló una de sus columnas, diciendo: lea Vd. aquí, doctor.

Antunez tomó el papel y leyó la noticia siguiente:

«El acaudalado banquero, Sr. D. Jáime Ferreira, regresará en breve con su bella esposa de la ciudad de París, donde su salud ha alcanzado un completo restablecimiento.»

Esta noticia causó sorpresa en Antunez y disgusto en Margarita y la tia Morella.

Bernardo advirtió los efectos que producía, y añadió:

—Señor Antunez, esa novedad no es tan mala como parece.

—¿Te prometes tú algo de la venida del señor Ferreira?

—Todo podría ser: por el pronto debo decirle, que los traperos no siempre recogen en las calles objetos de poco valor; algunas veces se encuentran papeles muy interesantes, que pueden servir para muchos fines.

—¿Qué quieres decir?

—Por ahora, nada más: no puedo ser más explícito. Además, me he entretenido mucho tiempo y tengo que hacer. Pronto daré la vuelta, ó esta tarde nos veremos en el bodegon de María.

En aquel momento entró el pintor Navarro, y el Sabueso se aprovechó de esta circunstancia para escapar á las preguntas de sus interlocutores.